

SIN CUARTEL

CELDA 2.384. Doce y media de la noche. Ocupada por un hombre. Un hombre que se llama Maurice Daveron. Veinticuatro años. Encerrado en una celda. Cuatro metros de largo. Tres metros de ancho.

Una sombra gris en la ventana. Desde ella se divisa el cielo, terroso a la luz incierta de los reflectores del penal. La sombra gris, uniforme de presidiario, se retira de la ventana. La luz viva de la celda ilumina la figura. Estatura mediana, ojos negros y cansados, boca crispada, con un gesto raro: zozobra, esperanza, dolor. La frente ancha revela inteligencia; la nariz es larga y fina.

Daveron espera y teme. Ha matado y está sentenciado a morir. ¿Homicidio? El jurado dijo que no. Asesinato en primer grado. Ha apelado. Espera. Duda. Teme.

Tiene sed. Se acerca al rincón y bebe. La garganta se hin-

cha, con un gorgoteo suave al pasar el líquido. La boca está seca siempre. Los condenados a muerte siempre tienen seca la garganta. Por mucho que beban nunca destierran esa impresión.

* * *

Maurice Daveron ha vivido siempre en el campo. En la aldea de Laroux. La agricultura es allí el pan de las gentes. El suelo está siempre ávido de agua, como las gargantas de los condenados a muerte. Pero no da muerte. Da frutos sazonados y es perenne. Los condenados a muerte son frágiles, se extinguen rápidamente. Es un fruto que nunca falta. Se gasta pronto, aunque la cosecha, mayor o menor, no falta nunca.

Daveron lo sabe. Conoce ambas cosas: el campo eterno del campesino, la esperanza fugaz de los condenados.

1914. Salida de Laroux. Cuatro años de guerra. Trincheras. Rancho. Burdel. Ha pasado insensible. Todo es igual. Los uniformes azules, las banderas rojas, los fusiles ardientes. Todo se confunde en su cabeza como un cuadro de degollaciones. Una niebla densa paraliza momentáneamente su sensibilidad elemental de campesino.

Luego hay que vivir. Las licencias se desparraman sobre los hombres como las hojas secas del otoño sobre el asfalto de las ciudades. Libertad sin pan. ¿Trabajo? Se peregrina lentamente, cansadamente, con el boleteo de soldado en la mano, yendo de sitio en sitio, buscando, implorando un puesto en las filas que ya están llenas.

¿Trabajo? No. Ya no. Rodar implacablemente de la miseria al crimen. Un día tropieza con un hombre. Es un hombre bajo, de cabeza gris, con los ojos saltones. Habla rápidamente, con decisión. Su boca promete riesgo y dinero. Los dientes amarillos tienen un gesto de hambriento que ha aplacado su hambre. Es preciso vivir.

Maurice Daveron sabe conducir un camión. Es un camión grande, rojizo, de aletas brillantes. El llevará refugiados, como los otros. Refugiados tan peligrosos como son los judíos. Montado en el camión, el rostro cansado se anima, se siente revivir; los labios pálidos se abren en una dura sonrisa. Ya lo dijo el hombre de los dientes amarillos. Es preciso vivir.

Limoges, París, Lille, Saint-Etienne, Bordeaux. Muchas ciudades, muchos nombres, casi un tratado de geografía. Todos desfilan como una película por su cerebro. Todo es igual. Peregrinar, peregrinar siempre. No descansar, porque el descanso

significa el estómago vacío. Y Maurice Daveron está aprendiendo lo que vale un cinturón ancho.

Es una mañana grisácea; huele a horno de cal, limpio y frío. Los refugiados dormitan en el fondo del camión. Es temprano aún. Se mueven poco, no son ruidosos ni los polacos ni los alemanes. El camión avanza por la carretera polvorienta con gemidos roncós, que excitan su vientre laqueado. Las nubes cenicientas manchan el cielo de cobalto, casi totalmente cubierto.

Daveron sonríe. A su lado, dormido, va Pecker. Es un buen compañero. A veces bebe con exceso, se le enturbian los ojos y canta como un condenado sentimental. Es ya casi viejo. Tiene casi cincuenta, el bigote grisáceo, la cara demasiado arrugada. Es verdad, este trabajo estropea mucho y Pecker lleva ya en él cinco años. Cinco años sin tropiezos serios, desde que acabó la guerra. Pecker tiene la mujer y los chicos en Rouen y va a verlos cada mes. La mujer es alta, rolliza, una campesina de la Normandía. Fué un error marcharse a Rouen. A veces lo comenta con su hombre, pero éste guiña y ríe. Hubiera sido un alegre bandido en los tiempos de Kiuliani, allá por la Calabria. Los pequeños, Marion y Brentano, han heredado la salud de la madre y el gesto alegre de Pecker. Buena familia, en una palabra.

A lo lejos se divisa el puesto de control. Un disco rojo. Siempre ha habido suerte. Los judíos pasan por refugiados polacos y desterrados belgas. Llevan siempre su pasaporte en regla, falsificado, naturalmente. Claro que siempre mezclan y el sesenta por ciento al menos no son judíos, que son los difíciles de pasar.

El camión se detiene, con una seca conmoción en toda la osamenta acerada. Van bajando los refugiados; mientras los policías examinan documentación uno por uno. En realidad, los judíos no se diferencian esencialmente de los demás. Sólo los tipos más puros de la raza, cosa rara, denuncian en sus rasgos la procedencia semítica. En cuanto al idioma, es lo de menos: casi todos hablan francés y algunos hasta varios idiomas. No es tan difícil, después de todo.

Daveron observa. Pecker vigila también. Un hombrecillo, de los que llegaron últimos refugiados, tiende sus documentos al policía. Una leve zozobra se retrata en sus ojos. Las manos, largas y espatuladas, se mueven nerviosamente en los bolsillos. El policía, ojos tranquilos y sagaces, le observa un momento, se quita la pipa de la boca y empieza a hablar rápidamente en

un idioma desconocido. El hombrecillo, sorprendido, le contesta en la misma lengua. Los ojos del policía caen sobre Daveron, bestia acorralada. Da una orden seca. Bajo el cielo encapotado en la mañana gris, los policías se alinean ante los refugiados y los obligan a introducirse en el camión. Pecker, a una orden, sube detrás, con los demás.

El policía de los ojos sagaces sube al lado de Daveron y da una orden. Dos policías motorizados vienen detrás. El vehículo, con ronco estertor, se pone en marcha.

* * *

¿Hacia dónde vamos? ¿Vamos a hundirnos otra vez en lo que fué? Comer el alimento de la cárcel, sentir que los días monótonos se agarran a los cabellos y no dejan respirar. Ver cómo un hilillo de agua recorre con suavidad la piedra de la celda. Soñar por un rectángulo un trozo de cielo azul, donde circulan aviones brillantes, que vibran como heridas en el espacio ilimitado.

En los ojos atónitos de Daveron se ha insensibilizado un pensamiento. A lo lejos se oye el trac-trac isócrono del tren. Un buen francés nunca deja de llevar un buen cuchillo, un cuchillo de hoja brillante, que entra en los cuerpos como si fueran de manteca. Hay policías que tienen una confianza excesiva en el miedo de los demás; no han llegado a comprender que el miedo es el heroísmo del cobarde, que a veces lo saca del asiento de un camión, frenado bruscamente, y lo hace saltar, buscando la garganta de los policías demasiado sagaces.

El uniforme azul se cambia en rojo, porque los cuchillos de hoja ancha son magníficos coloristas. El cuerpo del policía se estremece a los ritmos veloces del camión, que avanza sor-damente; da un leve bandazo sobre las vías del tren, dejando atrás los policías perseguidores, que frenan ante la barrera que los separa del camión de refugiados. Los rieles retiemblan bajo el peso del tren.

Avanzar, avanzar siempre. Sentir que el miedo es un animal salvaje que galopa en la sangre, que hace que el corazón apriete los latidos en una carrera sin término. Sentir que el sudor va por la frente, frío; que encharca las manos, cien veces secas y cien veces húmedas. Sentir que la mirada terrosa no quiere fijarse en un cuerpo derribado. Un cuerpo que antes

se movía, daba órdenes, caminaba, caminaba siempre. Caminar, caminar es la obsesión.

* * *

Un edificio sólido, de cemento vítreo, construído según las fórmulas de un Estado que sabe proteger a sus ciudadanos, sobre todo a sus policías, a sus policías asesinados.

Estar condenado. Hay un hombre que espera con un capuchón negro en la mano. Maurice Daveron no quiere morir. Hay celdas que son sombrías, que no tienen calor, que carecen de luz, pero que entran por los ojos, son animadas por los ojos de los presos. Unos ojos que quieren seguir viendo la celda sombría, sin calor, sin luz; pero verla, verla, que significa una sola palabra: vivir, vivir, vivir...

* * *

A veces se tienen buenos amigos. Amigos que ayudan, que esperan en las noches oscuras a que un hombre salga del penal, evadiéndose de la celda sin calor ni luz. Que proporcionan un refugio, un refugio que anuncian seguro, hasta que un día, un policía de ojos sagaces...

* * *

Hay hombres estúpidamente valientes que entran de noche en casas solitarias, armados de un revólver de reglamento. No saben que hay cuchillos silenciosos que aman los corazones valientes y los buscan en la noche. No saben que llevar a Maurice, detener a Maurice... ¡Ah, Maurice! Maurice no se dejará llevar. El uniforme es azul. Azul. Sólo azul. También puede ser rojo. Un rojo sanguíneo, cálido, que ilumine la monotonía de un solo color.

Daveron no se detiene. El cuerpo tendido está oscuro en su mente. Sin color ya. Sin olor. Un hombre muerto en la trinchera, un hombre muerto en la escalera de una casa solitaria. Son diferentes. Sin embargo, son dos hombres que han sido asesinados. Un fusil, un cuchillo; ésa es la diferencia. Y ahora es peligroso, muy peligroso.

Maurice Daveron coge al muerto de un brazo. Un muerto joven. La cara lívida es una mancha blanca en la penumbra. El cabello suave está rizado. Los labios pálidos fueron atractivos, quizá tuvieran siempre una sonrisa. Los ojos, azules y grandes, están ahora vacíos, como los de un pez muerto. El

cuerpo es alto y pesa mucho—piensa mientras lo lleva sobre sus hombros.

Un hombre muerto, otro hombre muerto; un hombre muerto, otro hombre muerto... Como un martillo sobre el yunque, caen las palabras sobre el cerebro del asesino. ¿Por qué serán tan crueles las palabras? Una palabra es sólo la reunión de letras. Pero además significan. Son conceptos que se clavan en la carne y la hacen estremecerse con un vagido animal.

El no quiere pensar en nada, en nada. Anegarse en el vacío, no pensar, como cuando estaba en el frente y veía cruzar los obuses sobre la cabeza. Sus ojos estaban indiferentes, su pensamiento sin vida. Esa vida que ahora se ha despertado, que le lleva a la conciencia de lo que ha hecho, que le ha hecho mirarse las manos.

Baja la escalera con el cuerpo a cuestas. La boca se ha entreabierto, el cabello negro le roza la espalda en su tierno vaivén. Los ojos tienen una mirada serena, sin vigor. La camisa es gris; fué preciso quitarle el uniforme, comprometería demasiado a los vivos. Una leve mancha de sangre lo mancilla. Un pequeño agujeró bastó. Por ahí se fué el torrente de vida que animaba aquel cuerpo. Aquel torrente de vida que de pequeño iría a la escuela, que más tarde amaría a una mujer. A una muchacha alta, de labios rojos y cabello sedoso, que lo miraría con ternura. Habrían ido un día a pasear. Irían unidos de la mano. Habrían reído diciendo cosas sencillas, de esas que se dicen en los primeros amores, cuando el corazón es una copa de plata en la que se ha echado el primer vino. El le habría dicho: «Te amo». Ella lo habría besado en la boca, aquella boca que estaba ahora sin sonido.

Más tarde se habrían casado. Y habrían tenido hijos. Hijos que continuarían la senda del padre, que serían el eslabón de una cadena que no tendría término, que sólo acabaría con la Muerte total, con el Fin último.

Pero algo fatal se había interpuesto en la vida del hombre. Un fino estilete que hizo un pequeño agujero. Y el hombre había caído para no levantarse más. El rostro angustioso, agonizante, de labios blancos, le perseguiría siempre. En la casa, en la diversión, sobre el campo, con algo más fuerte que una obsesión, con algo tan sólido como una presencia; el rostro blanco tendría sobre él el inevitable atractivo que ejerce el abismo sobre los hombres que van a morir.

Los pasos resuenan sordos en la casa deshabitada. La escalera se acaba. Empieza la calle. Un lívido amanecer, igual

que aquel otro, tan viejo y tan presente, se insinúa en el cuerpo de Daveron.

No tendrá necesidad de un coche. El puente sobre el río está próximo. Ya va sintiendo su lejano murmullo, ya ve las aguas frías que lamen las columnas de piedra con su dulzura siniestra.

Jadea ligeramente. Suda. Tiene frío. Una copa de ron le vendría bien. Pero antes es preciso acabar. El cuerpo, flácido y pesado, queda sobre la baranda. Sólo bastaría un leve empujón y el cuerpo trazaría su trayectoria breve.

Es verdad. Muy breve. La trayectoria entre la vida y la muerte. Los ojos se le agrandan, inmóviles sobre el río. El agua produciendo círculos redondos, primero grandes, como ruleta adormecedor, que pide descanso.

Maurice Daveron empuja el cuerpo. Un bulto cruza el espacio sobre la madrugada. Se hunde con fuerza en el agua produciendo círculos redondos, primero grandes, como ruleta gigante; luego cortos, como discos rojos.

Maurice mira fascinado. El río parece llamarle. Murmura su canción oscura, su suave lamento, su hipnótico son. Invita a la nada, al descanso, a no volver con los hombres, a no ver sus caras sucias de deseos, sus corazones cansados de peregrinos eternos.

El hombre sigue la llamada del agua. Flota un momento, luego se hunde lentamente. Un cuerpo. Una sombra. Las aguas se cierran.

Allí no queda nada...

UN MARIDO VIEJO

MATER Intemerata, Mater Immaculata, Mater Amabilis... La voz del sacerdote está ungida. Es impersonal. Sin sombras.

Anne Several, arrodillada frente al altar, la percibe, lejana y antigua. Monseñor Schwarz tiene ya sesenta años. Sin embargo, su voz es juvenil y persuasiva, como antaño, como aquella otra vez... Cuando...

Anne Several tenía veintinueve años, un padre gruñón y una fortuna saneada. Además, se había casado recientemente con un hombre viejo.

Félix Znollen tenía sesenta y dos años cuando casó con Anne Several. No se podía negar que era un marido amable. También era celoso. Pero poco perspicaz, con una magnífica confianza en sí mismo, en sus dotes de hombre de mundo.

Los negocios marchaban bien. El era banquero. Contaba